

fanales. En seguida reconoció personalmente el terreno circunvecino, y tomando en cuenta las noticias suministradas por Escalada, formó inmediatamente su plan.

V

Al frente del monasterio, por la parte que mira al río, se extiende una alta planicie horizontal, adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acantilada, á cuyo pie se extiende la playa, media una distancia de poco más de 300 metros, lo suficiente para dar una carga á fondo. Dos sendas sinuosas, una sola de las cuales era practicable para infantería formada, establecían la comunicación, como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior. Con estos conocimientos recogidos á la luz incierta que precede al alba, San Martín dispuso que los granaderos saliesen del patio y se emboscaran formados con el caballo de la brida tras de los macizos claustros y tapias posteriores del convento que enmascaraban estos movimientos; haciendo ocupar á Escalada y sus voluntarios posiciones convenientes en el interior del edificio, á fin de proteger el atrevido avance que meditaba. Al rayar la aurora, subió por segunda vez al campanario, provisto de su anteojo militar. Á las cinco de la mañana (3 de febrero), empezó á iluminarse el horizonte destacándose de entre las sombras de la noche aquel grandioso paisaje de agua y de resplandeciente verdura velado de nieblas transparentes, en medio al cual el monasterio, los buques y los hombres aparecían como puntos perdidos en el horizonte. Pocos momentos después, las primeras lanchas de la expedición, cargadas de hombres armados, tomaban tierra. Á las cinco y media de la mañana, subían por el camino

principal dos pequeñas columnas de infantería en disposición de combate (11).

San Martín, al bajar precipitadamente de su observatorio, encontró al pie de la escalera á Robertson, á quien dirigió esta frase : « Ahora, en dos minutos más, estaremos sobre » ellos espada en mano. » Un arrogante caballo bayo de cola cortada al corvejón, militarmente enjaezado, se veía á pocos pasos teniéndolo de la brida su asistente Gatica (12). Montó en él apoyando apenas el pie en el estribo y corrió á ponerse al frente de sus granaderos. Desenvainando su sable corvo de forma morisca, arengó en breves y enérgicas palabras á los soldados á quienes por primera vez iba á conducir á la pelea, recomendándoles que no olvidasen sus lecciones, y sobre todo que no disparasen ningún tiro, fiando solamente en su lanza y en sus largos sables (13). Después de esto tomó en persona el mando del 2.º escuadrón y dió el del 1.º al capitán Justo Bermúdez, con prevención de flanquear y cortar la retirada á los invasores : « En el centro de las columnas enemigas nos » encontraremos, y allí daré á Vd. mis órdenes. »

(11) Como se ha dicho por algunos que los españoles desembarcaron desprevenidos, lo que ha sido traducido como que ni siquiera formación guardaban, debe entenderse esto sólo en el sentido de que no esperaban encontrarse con tropas regulares. Hé aquí lo que dice el mismo jefe enemigo en su parte oficial : « Aunque ignorábamos que en aquellas » cercanías se hallasen tropas del Gobierno revolucionario de Buenos » Aires, el comandante Zabala ordenó su gente en el mejor orden, precaución que le sirvió para no ser sorprendido, y marchó en formación » hacia el convento de San Carlos. » Este documento se halla publicado en la « Gaceta de Montevideo » (realista), núm. 19, p. 124.

(12) Detalles comunicados al Dr. Angel J. Carranza por don Pablo Rodríguez, antiguo vecino de San Lorenzo, y tomados de la « Memoria » inédita del coronel Manuel Pueyrredón, combinados con informaciones verbales dadas al autor por el Dr. Julián Navarro, que acompañó como capellán á San Martín en aquel día.

(13) El armamento de los Granaderos á caballo era sable-espada de hoja de 36 pulgadas y carabina, ocupando la primera fila los lanceros con pistolas al arzón.

Los enemigos habían avanzado, mientras tanto, unos 200 metros, en número como de 250 hombres (14). Venían formados en dos columnas paralelas de compañía por mitades, con la bandera desplegada, y traían dos piezas de artillería de á 4 al centro y un poco á vanguardia de las columnas, marchando á paso redoblado á son de pífanos y tambores (15). En aquel instante resonó por la primera vez el clarín de guerra de los Granaderos á caballo, que debía hacerse oír más tarde por todos los ámbitos de la América. Instantáneamente salieron por derecha é izquierda de las alas del monasterio los dos escuadrones sable en mano, y en aire de carga, tocando á degüello. San Martín llevaba el ataque por la izquierda y Bermúdez por la derecha. San Martín, que era el que tenía que recorrer la menor distancia, fué el primero que chocó con el enemigo.

El combate de San Lorenzo tiene de singular que ha sido narrado con encomio por el mismo enemigo vencido. El jefe de la expedición española dice en su parte oficial : « Por derecha é izquierda del monasterio salieron dos gruesos trozos de caballería formados en columna y bien uniformados, » que á todo galope, sable en mano, cargaban despreciando » los fuegos de los cañoncitos, que principiaron á hacer es-

(14) Robertson dice que contó con precisión desde la torre del convento « 320 marineros y soldados de infantería. » — Nosotros seguimos la versión oficial de San Martín no desmentida por los realistas, y comprobada por el historiador español Torrente, como se verá después.

(15) La formación de los realistas en este día es otro punto oscuro respecto del cual no dan luz los partes oficiales, de unos y otros. El Dr. Angel J. Carranza, que ha escrito sobre documentos originales la narración más completa antes de la nuestra, supone que venían en una columna y que desplegaron en batalla. Nosotros seguimos la versión de Olazabal, comprobada por los informes verbales de los contemporáneos que hemos consultado, la cual corresponde á la composición de los expedicionarios divididos en marineros y soldados, y es la que mejor se concilia con los pormenores que dan los documentos oficiales á la vez que con las peripecias del combate.

» tragos en los enemigos desde el momento que los divisó
 » nuestra gente. Sin embargo de la primera pérdida de los
 » enemigos, desentendiéndose de la que les causaba nuestra
 » artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapidez, ata-
 » cando á nuestra gente con tal denuedo que no dieron lugar
 » á formar cuadro. — Ordenó Zabala á su gente ganar la
 » barranca, posición mucho más ventajosa, por si el enemigo
 » trataba de atacarlo de nuevo. Apenas tomó esta acertada
 » providencia, cuando vió al enemigo cargar segunda vez
 » con mayor violencia y esfuerzo que la primera. Nuestra
 » gente formó, aunque imperfectamente, un cuadro por no
 » haber dado lugar á hacer la evolución la velocidad con que
 » cargó el enemigo » (16).

Las cabezas de las columnas españolas, desorganizadas en la primera carga, que fué casi simultánea, se replegaron sobre las mitades de retaguardia y rompieron un nutrido fuego contra los agresores, recibiendo á varios de ellos en la punta de sus bayonetas. San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zabala, jefe de toda la fuerza del desembarco. Al llegar á la línea recibió á quema ropa una descarga de fusilería y un cañonazo á metralla, que matando su caballo le derribó en tierra, tomándole una pierna en la caída. Trabóse á su alrededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo él una ligera herida de sable en el rostro (17). Un soldado español

(16) Parte del jefe de la expedición española don Rafael Ruiz, publicado en la Gaceta de Montevideo de 1813, núm. 16, p. 123.

(17) Olazabal (Manuel) en la relación de este suceso, que citaremos más adelante, pretende que el mismo Zabala fué quien hirió á San Martín desprendiéndose de sus filas y descargando sobre él algunos sablazos al verle postrado en tierra. Esta versión es singular, además de inverosímil, y no le encontramos fundamento. El Dr. Carranza la acepta sin embargo, sin exhibir nuevas pruebas. El coronel don Manuel A. Pueyrredón (*Memoria inédita. Archivo del Dr. Angel J. Carranza, M. S.*) va más allá, figurando un combate singular entre San Martín y Zabala, que supone

se disponía ya atravesarlo con la bayoneta, cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria (puntano), lo traspasó con su lanza. Imposibilitado de levantarse del suelo y de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiese venido en su auxilio echando resueltamente pie á tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza á su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancia que los enemigos reanimados por Zabala á los gritos de ¡*Viva el rey!* se disponían á reaccionar, y recibe en aquel acto dos heridas mortales gritando con entereza: « ¡ Muero contento! ¡ Hemos batido al enemigo! » (18). Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila: era natural de Corrientes, y murió dos horas después repitiendo las mismas palabras (19). Casi al mismo tiempo el

se buscaban en medio de la pelea como dos paladines, batiéndose ora á pie, ora á caballo. Nosotros nos guiamos, además de los datos que indirectamente resultan de los documentos, por los informes verbales del general don José Matías Zapiola (aun cuando no se halló presente) y por lo que nos comunicó en Chile el Dr. Julián Navarro, cura párroco del Rosario en aquella época, y que en calidad de capellán voluntario acompañó á San Martín en aquel día, sin desampararlo en el combate, por lo cual fué recomendado en el parte oficial.

(18) « Episodios de la guerra de la independencia » por el coronel don Manuel Olazabal, p. 146. Véase además el parte de San Martín de 27 de febrero de 1813, inserto en la « Gaceta Ministerial » de 10 de marzo de 1813, núm. 48, p. 118. En este parte como en el de Arjonilla, San Martín exaltando el mérito del soldado Cabral, no hace mención de la circunstancia de haberle salvado la vida, y consecuente con su sistema de no ocuparse de su persona en los documentos públicos, ni aun hace mención de la herida que recibió en aquel día. Pueyrredón (*Mem. cit.*) supone fueron dos heridas.

(19) Por decreto de gobierno de 6 de marzo de 1813 se ordenó lo siguiente: — « Fijese en el cuartel de Granaderos un monumento que perpetúe recomendablemente la existencia del bravo Granadero Juan » Bautista Cabral en la memoria de sus camaradas ». — En cumplimiento de este decreto, colocóse en la parte exterior de la puerta del cuartel un gran tablero ovalado con esta inscripción en el centro: — *Al soldado Juan Bautista Cabral, muerto en la acción de San Lorenzo el 3 de*

alférez Hipólito Bouchard arrancaba con la vida la bandera española de manos del que la llevaba, habiendo el capitán Bermúdez á la cabeza del escuadrón de la derecha hecho retroceder la columna que encontró á su frente, aun cuando su carga no fué precisamente simultánea con la que llevó en persona San Martín. La victoria que apenas había tardado tres minutos en decidirse, se consumó en menos de un cuarto de hora (20).

Los españoles desconcertados y deshechos por el doble y brusco ataque abandonaron en el campo su artillería, sus muertos y heridos, y se replegaron haciendo resistencia sobre el borde de la barranca, donde intentaron formar cuadro. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada, y una de sus balas hirió mortalmente al capitán Bermúdez en el momento en que llevaba la segunda carga y había asumido el mando en jefe por imposibilidad de San Martín, á consecuencia de su caída. El teniente Manuel Díaz Vélez que le acompañaba, arrebatado por su entusiasmo y el

febrero de 1813. — y en la orla : — *Sus compañeros le tributan esta memoria.* — Todos los días al pasar lista su nombre era pronunciado en alta voz por el sargento más antiguo, y los soldados contestaban : — *¡Murió por la Patria!* — El Dr. don Angel J. Carranza trae sobre este individuo algunas noticias interesantes, en el t. IV de la « Revista de Buenos Aires », p. 567, refiriéndose á informes del General Mansilla. Era hijo del departamento de Saladas y vino en el contingente colecticio que el Gobernador de Corrientes, don Toribio Luzuriaga, envió á Buenos Aires á principios de 1812. — Según el coronel don Manuel A. Pueyrredón (*Memoria inédita M. S.*), el retrato de Cabral, representado en el acto de morir defendiendo á su coronel, se conservó por largo tiempo en el Regimiento, en cuya caja se guardaba, ocupando el puesto de honor en su mayoría. Se supone haberse perdido en la sublevación del Callao. En 1882, su estatua en bronce, modelada por el escultor Romairone, fué fundida en el Parque de Artillería de Buenos Aires, y figuró en la Exposición Continental el mismo año.

(20) « El resultado del combate no fué dudoso ni por tres minutos, aun para un ojo tan poco experimentado como el mío. — En un cuarto de hora el campo quedó sembrado de heridos, muertos y moribundos. » « Letters on Paraguay. » t. II, p. 14.

impetu de su caballo, se despeñó de la barranca, recibiendo en su caída un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.

Estrechados sobre el borde de la barranca y sin tiempo para rehacerse, los últimos dispersos no pudieron mantener la posición y se lanzaron en fuga á la playa baja, precipitándose muchos de ellos al despeñadero por no acertar á encontrar las sendas de comunicación (21). Una vez reunidos en la playa y cubiertos por la barranca como por una trinchera protegida por el fuego de sus embarcaciones, los restos escapados del sable de los Granaderos consiguieron reembarcarse, dejando en el campo de batalla su bandera y su abanderado, dos cañones, 50 fusiles, 40 muertos y 14 prisioneros, llevando varios heridos, entre éstos su propio comandante Zabala, cuya bizarra comportación no había podido impedir la derrota (22).

Los Granaderos tuvieron 27 heridos y 15 muertos, siendo

(21) « Su pánico era tal, que se sobrepuso á la razón, y en vez de entregarse prisioneros de guerra, dieron el terrible salto que los lanzara á la eternidad sirviendo de pasto á los buitres. » *Letters on Paraguay*, t. II, p. 15.

(22) Estos son los trofeos que San Martín declara en su parte oficial, publicado en la « Gaceta » y que está conforme con el original manuscrito que se conserva en el Archivo General. El jefe de la expedición española publicó el suyo en la « Gaceta de Montevideo » ya citada, declarando únicamente por su parte una fuerza de 120 hombres (que aun así sería igual á la de San Martín), y una pérdida de 11 muertos y 39 heridos; atribuyendo á los patriotas 60 muertos y 90 heridos, es decir, 30 hombres más de los que tenía San Martín. De la pérdida de sus cañones y bandera, no hace mención. Aun admitiendo hipotéticamente estos datos desmentidos por documentos fehacientes, resultaría que la acción fué más gloriosa todavía. En efecto, dando á San Martín 150 hombres de caballería en vez de 120 que tuvo, resultaría que *todos ellos* sin excepción *de uno solo* fueron muertos ó heridos, y que sin embargo, los 90 heridos quedaron dueños del campo de batalla, de la artillería y demás trofeos, en presencia de 70 hombres sanos y bien armados (admitiendo que los realistas eran sólo 120 y no 250 como fueren), lo que sería una hazaña homérica de que la historia no presenta ejemplo. Esta argumentación *ad absurdum* demuestra la falsedad del parte de Zabala, mal calculado para cubrir la vergüenza de la derrota. En cuanto á la rigurosaver dad

de estos últimos: 1 correntino, 2 porteños, 3 puntanos, 2 riojanos, 2 cordobeses, 1 oriental y 1 santiagueño estando todas las demás Provincias Unidas representadas por algún herido, como si en aquel estrecho campo de batalla se hubiesen dado cita sus más valientes hijos para hacer acto de presencia en la vida y en la muerte (23). El teniente Díaz Vélez que había caído en manos del enemigo, fué canjeado juntamente con otros tres presos que se hallaban á bordo por los prisioneros españoles del día, bajando á tierra cubierto con la bandera de parlamento para morir poco después en brazos de sus compañeros de armas.

San Martín suministró generosamente víveres frescos para los heridos enemigos, á petición del jefe español, bajo palabra de honor de que no se aplicarían á otro objeto; y el viajero inglés Robertson se asoció á este acto en nombre de la humanidad (24). Á la sombra de un pino añoso, que todavía

del parte de San Martín, ella está comprobada: 1.º En que, como se ha visto, el enemigo hace justicia al denuedo de los Granaderos, sin insinuar siquiera que fuesen superiores en fuerza, circunstancia que no habría dejado de hacer resaltar; 2.º En que el mismo enemigo confiesa que no pudieron maniobrar y se vieron obligados á replegarse á la barranca donde ni tiempo tuvieron para entrar en formación; 3.º En que el parte de San Martín publicado inmediatamente nunca fué desmentido por la «Gaceta de Montevideo,» como lo hacía en esos mismos días respecto de otras partes de los patriotas referentes á hechos militares de menor importancia; 4.º Que la expedición vencida, en la impotencia de continuar sus depreciaciones, regresó á Montevideo, no volviendo ya á tentar ningún desembarco; 5.º Esto es lo más concluyente: que el mismo historiador español Torrente, tan parcial como es sabido, y que escribió sobre documentos auténticos, en su tomo II, p. 343, declara que los españoles que desembarcaron ese día fueron 250 hombres, confesando francamente la derrota.

(23) V. «Gaceta Ministerial» de 10 de marzo de 1813, núm. 48, p. 113. Relación firmada por Zapiola.

(24) «Supliqué á San Martín aceptase mis vinos y provisiones, con destino á los heridos de ambas partes, y dándole un caluroso adiós, me alejé del espectáculo, lamentando la mortandad; pero admirado de la intrepidez y sangre fría del que concibiera el golpe.» *Letters on Paraguay*, t. II, p. 15.

se conserva en el huerto de San Lorenzo, firmó en seguida el parte de la victoria, cubierto aún con su propia sangre y con el polvo y el sudor del combate (25). Los moribundos recibieron sobre el mismo campo de batalla la bendición del párroco del Rosario don Julián Navarro, que durante el combate los había exhortado con la voz y el ejemplo. Y para que ningún accidente dramático faltase á este pequeño aunque memorable combate, uno de los presos canjeados con el enemigo, fué un lancero paraguayo, llamado José Félix Bogado, que en ese día se alistó voluntariamente en el regimiento. Este fué el mismo que trece años después, elevado al rango de coronel, regresó á la patria con los siete últimos Granaderos fundadores del cuerpo que sobrevivieron á las guerras de la revolución desde San Lorenzo hasta Ayacucho.

VI

El combate de San Lorenzo aunque de poca importancia militar, fué de gran trascendencia para la revolución. Pacificó el litoral de los ríos Paraná y Uruguay, dando seguridad á sus poblaciones; mantuvo expedita la comunicación con el Entre Ríos, que era la base del ejército sitiador de Montevideo; privó á esta plaza de auxilio de víveres frescos con que contaba para prolongar su resistencia: conservó franco el comercio con el Paraguay, que era una fuente de recursos, y sobre todo dió un nuevo general á sus ejércitos y á sus armas un nuevo temple. Tres días después del suceso, la escuadri-

(25) Los gajos del pino histórico de San Lorenzo ornaron su féretro, entrelazados con una corona de oro y plata que le votó el pueblo de San Lorenzo en el día de sus funerales al ser repatriados sus restos á Buenos Aires en 1880.

lla española escarmentada para siempre, descendía el Paraná cargada de heridos en vez de riquezas y trofeos, llevando á Montevideo la triste nueva. Al mismo tiempo San Martín regresaba á Buenos Aires. El entusiasmo con que fué festejado su triunfo en la capital, lo vengó de las calumnias que ya empezaban á amargar su vida, presentándole como un espía de los españoles que tuviese el propósito secreto de volver contra los patriotas las armas que se le habían confiado.

El primer experimento estaba hecho. Los sables de los Granaderos estaban bien afilados : no sólo podían dividir la cabeza de un enemigo, sino también decidir del éxito de una batalla. El instructor había probado que tenía brazo, cabeza y corazón, y que era capaz de hacer prácticas sus lecciones en el campo de batalla. Su nombre se inscribía por la primera vez en el catálogo de los guerreros argentinos, y su primer laurel simbolizaba no sólo una hazaña militar, sino también un gran servicio prestado á la tranquilidad pública, á la par que una muestra del poder de la táctica y de la disciplina dirigida por el valor y la inteligencia.

Casi simultáneamente (el 20 de febrero), el ejército español atrincherado en Salta era completamente derrotado por el General Belgrano, entregándose por capitulación desde el primer general hasta el último tambor con armas y banderas. En menos de tres meses la revolución había obtenido un triple triunfo militar y un gran triunfo político, debido al esfuerzo de sus armas y á las fuerzas morales de la opinión. La revolución de 8 de octubre y la influencia de la Logia de Lautaro estaban justificadas por estos resultados. Pero estos resultados no podían salvar á la Logia de la descomposición á que fatalmente están condenadas las sociedades secretas en una sociedad libre ó en vía de serlo.

El vencedor de San Lorenzo, al trasladarse del campo de batalla al de la política, sintió que el terreno se movía bajo

sus plantas, y que su base de operaciones se había alterado notablemente. Los partidos políticos en el estrecho recinto de la capital, empequeñecidos y debilitados después por los antagonismos locales, y encerrados por último entre las cuatro paredes de la Logia, habían degenerado en círculos, que sólo obedecían á influencias personales. La fuerza de la opinión cívica que hasta entonces le diera impulso, se gastaba sin renovarse. Las fuerzas populares que debían reemplazar y dilatar la opinión, permanecían en estado latente sin ser utilizadas. Las ideas y los hechos marchaban por distintos caminos. Los pensadores se inspiraban en el ejemplo de la Europa en cuyos libros habían aprendido á pensar, sin acertar á leer en el libro de la revolución cuya primera página tenían abierta ante sus ojos. La masa, guiada por el instinto más que por la razón, se precipitaba por su pendiente en obediencia á la ley de la gravitación.

Sin darse cuenta clara de estos fenómenos sociales, San Martín participaba de su doble influencia. En consecuencia, sus ideas políticas empezaron á modificarse, no precisamente en su fondo sino en su aplicación (26). La independencia continuaba siendo siempre su objetivo : las formas republicanas ó monárquicas se le presentaban por el momento como simples medios de alcanzar un fin inmediato. Bien que profesara en el fondo principios republicanos, los que, como él mismo decía, posponía al bien público, llegó á persuadirse que el país no tenía elementos de propio gobierno para consolidar su orden interno, y se inclinaba á pensar que el estable-

(26) Conversaciones con don Gregorio Gómez, amigo íntimo de San Martín, que le oyó con frecuencia en aquellas circunstancias manifestar sus opiniones en la tertulia del Dr. Anchoris, donde se reunían, y especialmente en un banquete en casa de su padre político don Antonio José Escalada, en que pronunció un brindis en tal sentido, que tuvo la adhesión de los presentes, con excepción de don Bernardino Rivadavia, que después trabajó por la realización de la misma idea.

cimiento de una monarquía constitucional apoyada por la Europa monárquica podría ser la solución del problema político, idea de que á la sazón participaban la mayor parte de sus contemporáneos con influencia en los negocios públicos. Poseído de una pasión y encerrado en un círculo sin más horizonte que los de sus designios militares, no alcanzaba que el pueblo era orgánicamente republicano, que no podía ser otra cosa, y juzgaba la situación con el criterio de lo que había visto en Europa bajo las formas tradicionales consagradas, y como lo veían casi todos los hombres ilustrados de su tiempo.

La Logia, aislando á los pensadores de las corrientes de la opinión viva, y á los hombres de acción del contacto con la masa popular, daba su primer resultado negativo. Las inteligencias se obliteraban, las conciencias se hacían sordas y las fuerzas no se vivificaban. En tan estrecho teatro no cabían ya sino los comediantes políticos, que creían más en la eficacia de las tramoyas del escenario en que brillaban, que en los resultados del trabajo perseverante subordinado á un plan serio. El hombre de acción no podía ya aceptar tal instrumento, sino como un auxiliar en lo presente y lo futuro. El verdadero genio y el verdadero patriotismo necesitaba campo, aire y luz en que dilatarse, y, obedeciendo á su tendencia expansiva, debía convertirse en fuerza y acción en medio más propicio.

VII

Las sociedades secretas con tendencias políticas, se comprenden y tienen su razón de ser en un pueblo esclavizado: son el único medio con que cuentan los oprimidos para reunirse, organizarse y propagar sus ideas y trabajar con segu-

ridad. Como elemento de acción, algunas veces han precedido á las revoluciones; pero jamás han podido acompañarlas en su desarrollo. Por lo general, ellas no han dado origen sino á conjuraciones abortadas. En los pueblos con vida pública, en que se producen en la masa movimientos orgánicos que obedecen á las leyes del desarrollo social, las asociaciones secretas son impotentes para acelerarlos ó contenerlos. En momentos determinados pueden ejercer una influencia eficaz, ya sea para condensar y dar forma á una idea flotante en una revolución, ya para dar un punto de apoyo á las fuerzas conservadoras en los períodos transitorios de anarquía ó descomposición por que pasan las sociedades agitadas; pero es á condición de dilatarse en las vibraciones del aire y de la luz que penetra todos los cuerpos, vivificando las fuerzas y las ideas. Fuera de estos momentos ó de estas condiciones, las sociedades secretas con tendencias políticas, degeneran al fin en camarillas oscuras, y se extinguen por sí mismas en el vacío. Si su acción se prolonga artificialmente como rueda principal de la máquina gubernativa, ó bien desaparece por algún tiempo el verdadero gobierno activo y responsable, ó bien produce un gobierno que las reduce á la condición de meros instrumentos negativos.

San Martín y Alvear, al salir de la Logia de Cádiz y pasar por la de Londres, venían bajo la impresión de los oprimidos que sólo pueden conspirar en las sombras del misterio. Al llegar á Buenos Aires, se encontraron con una revolución sin pueblo profundamente revolucionado, cuya vida estaba centralizada en la capital; y con partidos embrionarios que sólo agitaban la superficie social. Por espíritu de disciplina el uno, como medio de elevación y de influencia el otro, concibieron la sencillísima idea de trasladar al terreno de la acción las asociaciones secretas en que políticamente se habían educado. Con esta palanca imprimieron desde luego un impulso gradual y metódico al movimiento revolucionario;